

7º DOMINGO DE PASCUA (B)

Este formulario se utiliza en los lugares donde la Ascensión del Señor se celebra el jueves de la sexta semana del tiempo pascual.

La Ascensión del Señor y su exaltación a la derecha del Padre dan a la resurrección una dimensión y un alcance que afectan directamente al tiempo en el que nosotros vivimos, a la condición de los discípulos en esta tierra y al despliegue de la historia de la salvación. Al dejar a los suyos, Jesús les dice que no se alejen de Jerusalén, sino que esperen a recibir lo que el Padre les ha prometido: su próximo bautismo en el Espíritu Santo (Hch 1,4-5: lectura de la Ascensión). Estas palabras debieron de parecerles bastante enigmáticas, porque algunos le preguntan: «¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?» (Hch 1,6). No obstante, siguen sus indicaciones. Más aún, «había reunidas unas ciento veinte personas», que piensan enseguida en el futuro. A propuesta de Pedro, se encargan de completar de nuevo el grupo inicial de los Doce, que Judas había abandonado. En la oración, la asamblea pide al Señor que designe él mismo al que había de ser, con los otros apóstoles, testigo de su resurrección. El recurso a la suerte nos parece hoy un procedimiento extraño para la elección. Más adelante, los apóstoles y la comunidad adquirirán conciencia de su capacidad para investir a otros hermanos de una misión. Pero se hará siempre en un ambiente litúrgico y después de invocar al Señor y al Espíritu. También en esto los discípulos se mostrarán fieles a la enseñanza y al ejemplo de Jesús.

Ellos habían participado regularmente con él en las celebraciones del templo, especialmente los días de peregrinación, lo mismo que en las reuniones semanales de la sinagoga. Los evangelistas nos informan también de que Jesús solía retirarse noches enteras a orar en soledad. Algunos pudieron captar retazos de su oración en Getsemaní y en la cruz. El evangelio según san Juan recoge, en fin, una larga oración hecha en voz alta por Jesús después de la última cena con sus apóstoles, cuando había «llegado la hora de pasar de este mundo al Padre». Esta vibrante intercesión, de la que hoy se lee un pasaje, revela al Señor «ascendido al cielo» tal como es eternamente para nosotros. Ora para que en él, por él y como él, vivamos unidos al Padre en la comunidad fraterna de sus discípulos, cuya unión y cohesión se encarga de asegurar el Espíritu.

PRIMERA LECTURA

« Uno de aquellos días », después de la Ascensión, el grupo de los apóstoles, con la defección de Judas, tenía una sensación como si le hubieran amputado un miembro. Pedro considera que hay que buscarle un sustituto. Hay dos discípulos que reúnen las condiciones requeridas. Pero ¿no es al Señor a quien corresponde elegir entre estos dos hombres? La comunidad, en oración, le pide que manifieste su preferencia, echando suertes. Al margen del juicio que pueda merecer este extraño procedimiento, se pueden sacar del hecho al menos tres lecciones: los apóstoles, colegialmente, son los testigos oficiales del ministerio y de la resurrección del Señor; desde el principio, la comunidad cristiana se preocupa por la continuidad de la sucesión apostólica; sean cuales sean las cualidades de los candidatos al ejercicio de un ministerio, es la Iglesia la que llama bajo el impulso del Espíritu.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 1,15-1 7.20a.20c-26

Uno de aquellos días, Pedro se puso en pie en medio de los hermanos y dijo (había reunidas unas ciento veinte personas): «Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, que hizo de guía a los que arrestaron a Jesús. Era uno de nuestro grupo y compartía el mismo ministerio. En el libro de los Salmos está escrito: “que su cargo lo ocupe otro”. Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús, uno de los que nos acompañaron mientras convivió con nosotros el Señor Jesús, desde que Juan bautizaba, hasta el día de su ascensión».

Propusieron dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezaron así: «Señor, tú penetras el corazón de todos; muéstranos a cuál de los dos has elegido para que, en este ministerio apostólico, ocupe el puesto que dejó Judas para marcharse al suyo propio». Echaron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles.

SALMO

Los hombres pueden fallar, pero la fidelidad de Dios permanece siempre: su amor es más fuerte que el pecado.

Salmo 102

R

El Señor puso en el cielo su trono.

O bien:

Aleluya.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. **R**

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos. **R**

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
Benedicid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes. **R**

SEGUNDA LECTURA

Conocer a Dios invisible es creer en su amor infinito manifestado en el envío de su Hijo como Salvador del mundo. El amor fraterno es signo y prenda de la unión con Dios, de la comunión con el Espíritu que une al Padre y al Hijo.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 4,11-16

Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él.

ALELUYA Jn 14,18

*Aleluya. Aleluya.
El Señor no nos retira del mundo,
sino que nos guarda del mal
y nos consagra en la verdad. Aleluya.*

Aleluya, aleluya.
No os dejaré huérfanos —dice el Señor—;
me voy y vuelvo a vuestro lado,
y se alegrará vuestro corazón. Aleluya.

EVANGELIO

La gran oración de Jesús cuando había «llegado la hora de pasar de este mundo al Padre» es ya la oración del Resucitado sentado a la derecha de Dios. En el santuario del cielo intercede por aquellos a quienes ha enviado al mundo, como el Padre lo envió a él. Pide que Dios los mantenga fieles a la Palabra, unidos y fuertes ante las pruebas y los engaños de la vida, alegres en el sufrimiento, arraigados en la esperanza. Esta oración de Jesús no puede dejar de ser escuchada. Pero requiere por nuestra parte algo más que un «amén» pronunciado simplemente con los labios o movido por un impulso pasajero; exige la entrega consciente de toda la vida.

Lectura del santo evangelio según san Juan 17,11b-19

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró, diciendo:

«Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que ellos mismos tengan mi

alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad».

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>